

# Crítica: “Dejar el mundo Atrás”, tensión, confusión y desesperanza apocalíptica

Por: Andres Garcia

La super estrella y ganadora de un Oscar, Julia Roberts se presenta ante los más de 220 millones de suscriptores de Netflix con una propuesta diametralmente distinta, pero que seguramente tendrá un interesante impacto.

La actriz de 56 años protagoniza “*Dejar el mundo atrás*”, un avezado drama apocalíptico dirigido por Sam Esmail. Se trata de una adaptación cinematográfica de la novela de Rumaan Alam publicada en 2021. En la cinta de más de dos horas de duración, Roberts da vida a Amanda Sandford, una desconfiada publicista que, de un momento a otro, premia a su esposo e hijos con unas vacaciones en una hermosa casa de playa, sin imaginar que lo que debía ser algo mágico, se torna en “vacaciones del infierno”.

En la película todo parece dispuesto para establecer comparaciones rápidamente. A apenas escasos minutos de la historia y Amanda ya se atrevió a afirmar que “odia a todos”, mientras que su esposo, el profesor universitario Clay Sandford (Ethan Hawke), es más bien un hombre apacible, amistoso y conciliador. En segunda línea, el hijo adolescente, Archie (Charlie Evans), destila el pragmatismo y egoísmo que caracteriza a muchos adolescentes. Algo completamente distinto ocurre con la mejor de casa, la pequeña Rose (Farrah Mackenzie), quien vive pegada a las emisiones de la sitcom “Friends”, “lo único que la puede hacer feliz”.

Fácilmente identificable como una propuesta apocalíptica, “*Dejar el mundo atrás*” no usa el cliché de una epidemia de algún virus novedoso capaz de mutar a los humanos o peor aún, de desaparecerlos. La historia está más vinculada a las consecuencias que un ‘caos tecnológico’

La película brillantemente argumenta que la desconfianza y las divisiones, tan prominentes en la actualidad, nos hacen más débiles y propensos al peligro, algo que fácilmente podemos confirmar con un vistazo a las noticias: si en el año 2023 la gente se sigue odiando por el color de piel, la etnia o la religión de alguien más. “*Dejar el mundo atrás*” deja en claro que la humanidad fácilmente puede caer en crisis y que ya no hay mucho que podamos hacer para impedirlo, pues el problema ya viene desde las raíces.

Aunque a veces su tratamiento es demasiado burdo, el desesperante personaje de Rose es el principal canal de la película para explorar el papel que tienen los medios y el entretenimiento en el mundo. Mucha gente utiliza una serie, película o encuentro deportivo para escapar de la realidad, para distraerse de la pesadumbre que ocurre en el mundo y a veces incluso hacerse de la vista gorda ante las tragedias que ocurren a nuestro alrededor, pues, como bien dice Clay en un punto de la película, a veces sientes que no hay nada que puedas hacer al respecto, entonces ¿para qué preocuparse? El problema ocurre cuando ya no tenemos Wi-Fi, Grand Theft Auto o *Friends* para distraernos. Esa también es una alarmante dependencia tecnológica.

El nivel de complejidad de los personajes de esta cinta nos lleva al máximo a veces, toca mencionar que, tal como Amanda (Roberts) y el laureado actor Mahershala Ali como G.H. Scott se imponen como protagonistas llevando en hombros la responsabilidad de transmitir al espectador la profundidad de los mensajes que el guionista y director consiguen imponer al público .



El barco encallando en una escena de "Dejar el mundo atrás".

La sucesión de estos hechos extranaturales y la develación de algunos pormenores del ‘apagón tecnológico’ –que más que darles calma a nuestros personajes, a ratos parece llevarlos al límite—sigue un camino paralelo a lo que podría ubicarse en el espacio del ‘drama personal’. Actitudes como la de Amanda y su continuo recelo y dureza con Ruth que a su vez es, una joven lo suficientemente perspicaz y madura como para saber alejarse en el momento que corresponde. Y sumándolo a las escenas donde Amanda y Ruth se alían sorpresivamente para gritarle con furia a la manada de ciervos que creen amenaza sus vidas, Clay no duda en acelerar su

automóvil cuando una desconocida le implora a los gritos ayuda en medio de la carretera. Horas después desesperadas buscando medicinas, llegan a la casa de Danny (Kevin Bacon), un vecino del pueblo que ‘previó’ la emergencia y, escopeta en mano, defiende lo poco que pudo comprar únicamente “para los suyos”.

Aunque podríamos perdernos entre esa combinación de hechos sobre naturales y consecuencias de un ‘apagón tecnológico’, será imposible no percibir el tono político de la película cuando Danny pide que los visitantes se alejen de la puerta de su casa y le hablen ‘al lado del automóvil’. Pero el mensaje no queda ahí: fuera de su casa está la bandera estadounidense, un elemento que podría verse como común, pero que, si lo acompañados con el aluvión de presunciones que este personaje expulsa de su boca, aparentemente producto de la desinformación a la que está expuesto, fácilmente podría ser confundido con un ente egoísta y agresivo’ (“*Nada tiene mucho sentido ahora. Cuando el mundo no tiene sentido puedo hacer lo que es racional, que es proteger a mi gente*”).

La película cuenta con un lenguaje audiovisual dinámico que, por su grandilocuencia, en un principio puede llegar a ser fastidioso para estos tiempos pero que, además de ser una bienvenida herramienta creativa, pronto se convierte en una efectiva fuente de estrés. Aunque no siempre funciona, el frenético juego con la fotografía, uso de ángulos torcidos y movimientos prolongados permiten montar desconcierto y acumular tensión previa a la revelación de algo. El score original compuesto durante la producción, crea expectativas y te recuerda constantemente que algo muy extraño está pasando, aunque como parte del juego psicológico a que nos somete su director nunca nos dice exactamente que es lo que está pasando usando “señales” como las explosiones en Mahattan que no precisan nunca si son bombardeos o aviones que se estrella solos o intencionalmente, si nos están atacando iraníes o coreanos o todos no es más que un “macabro” plan forjado por quien sabe quién para destruir a USA o quien sabe si provocar a través del caos un reordenamiento global. Ninguna de las interrogantes tiene respuestas y más de un cliché amenaza con sacarte de la historia, *Dejar el mundo atrás* es una propuesta refrescante que no tiene miedo de plasmar la desesperanza del mundo enfermo en el que vivimos. La película triunfa porque logra combinar la emoción de un blockbuster de vieja escuela con un discurso moderno sobre dependencia tecnológica y división; su director no está interesado en únicamente crear espectáculo a partir de los elementos de “desastre” de la película, sino en cómo estos impactan psicológicamente a sus personajes.

La cinta deja muchas preguntas sin respuestas y crea una ventana de decenas de interpretaciones que a mi juicio desafortunadamente pueden llegar alejan al espectador del mensaje real de la película...que al terminar la mayoría de la audiencia no logra ponerse de acuerdo literalmente “de que se trataba la película. Para mi , la parte cumbre, “magistral” diría yo, es la escena final donde Rose, la pequeña de 13 años se escapa de casa y aparece dándose un atracón de cereales, juegos y refrescos y termina apretando el botón de play del control remoto de la TV para ver su serie favorita, mientras la cámaras se pasea por un ”bunker” que mas bien parece un apartamento de lujo en algún penthouse de de New York, todo lo cual se puede importar como un cierre muy original que nos dice a todos...que se vaya el mundo al carajo, a mí que me importa, yo soy feliz viendo la tele...